

CAPÍTULO 10

Cuerpos adoctrinados y cuerpos libres

Ahora bien, si el paso por el mundo es breve y único, ¿tiene algún sentido hacer el bien sin la recompensa celestial de un amoroso Dios? Sobre esta preocupación se puede decir que descansa en gran parte la moral teísta: hacer el bien esperando a cambio una recompensa; bien sea para ganarse un lugar en el cielo, la aprobación de su Dios (interno o celestial) o un reconocimiento social; o para librarse del infierno, de la ira de Dios, evitar un sentimiento de culpa y proteger la apariencia de buen samaritano, o alguno de estos. Sobre esta contraprestación (fe a cambio de vida inmortal o castigo eterno) se basan las “buenas” acciones de los creyentes.

159

A menos que una situación urgente active el instinto altruista del teísta, no hay en la cotidianidad de este una acción genuina de bondad, quiere esto decir que habrá siempre de por medio en el subconsciente religioso aquella transacción inmoral. La Biblia está colmada de recompensas (2 Cor 5, 10; 4, 17; 1 Cor 3, 14; Mt 6, 20; 5, 12; 5, 46; 10, 42; 19, 27-29; 6, 1-6; 6, 20; 6, 16; Ap 22, 12; 2, 10; 2 Tim 4, 8; Prov 19, 17; Sant 1, 12; Heb 11, 6...). Se trata de un imaginario negocio entre estos mortales con su Dios, que ha llevado a justificar y realizar actos estúpidos, hipócritas y desalmados en la vida real —sin dejar de reconocer que por estas figuraciones religiosas muchos humanos en apuros se han visto beneficiados y miríadas de creyentes se han vuelto sujetos afables

y solidarios con sus congéneres, así como responsables en sus hogares y productivos en sus áreas de trabajo o espacios de ocio—. Y aunque en algunos apartes bíblicos se intenta mostrar desinterés, es inevitable la caída en estas remuneraciones celestiales de doble moral como la del siguiente fragmento: “Más bien, amad a vuestros enemigos; haced el bien, y prestad sin esperar nada a cambio; y vuestra recompensa será grande, y seréis hijos del Altísimo, porque él es bueno con los ingratos y los perversos” (Lc 6, 35). Este ha sido el inmemorial soborno del reino de los cielos: créanos y a cambio le damos esto y aquello. ¡Y si no...!

160

En este orden de ideas, el valor del cuerpo también se ve afectado con el sistema de propinas y castigos cuando el fiel puede llegar a concluir con desilusión: si le retiran el espíritu de esta receta, ¿para qué cuidar un cuerpo sin un alma que pueda trascender la muerte física y garantice la eternidad? Pero lo que en verdad ocurre es que —una vez reconocido que eso de querer ser “eterno” es una insensatez porque implicaría la condición de existir desde siempre— el cuerpo comienza a interiorizar que no disponer de “todo el tiempo” para vivir, hace que los detalles y los segundos cobren para él gran significado y que el disfrute por la vida empiece a elevarse majestuosamente, porque:

El “Arte del buen morir” consiste, primero que todo, en vivir cada día como si fuese el último instante, pero, a la vez, permitarnos proyectos para cien años más. Esta paradoja se resuelve al comprender que el pensamiento de la muerte debe hacer parte de la cotidianidad de la vida, para transformar nuestros días y noches en un irrepetible y valioso presente, que nos

preserva del hastío, de la monotonía y de la repetición. Al tratar de olvidar la muerte ella se transforma en un fantasma que nos acecha con el disfraz de la angustia y el vacío existencial.¹⁵⁵

De modo que en este marco moral cabría preguntarse también si tiene significado esmerarse en el cuidado de la Tierra si nos aguarda un Paraíso y si al fin y al cabo habrá un juicio final catastrófico. ¿No serán estas promesas religiosas las que impiden que las inteligencias ambiental y corporal de muchos creyentes (y sus próximas generaciones) se den al alza, se valoren más y sean menos derrochadores? Sin duda, el antropocentrismo que caracteriza a las religiones judeo-cristiano-islámicas ha sido determinante en este aspecto, dado que usted jamás encontrará en el Corán, la Biblia o el Talmud una sola línea que promueva la protección del ambiente y de los demás seres vivos (solo unas cuantas con fines pecuarios) porque estos libros únicamente se ocupan de la máxima creación de Dios: el “hombre”. Así es, en estas doctrinas que no hacen más que mirarse el ombligo y creer que la especie humana es el centro del universo como finalidad suprema, como la causa que motivó toda la vastedad del cosmos para efectos de una Revelación y una Salvación (desvarío egocéntrico conocido como especismo), es donde justamente nació el mito del cuerpo “perfecto”; un dechado de perfección en tanto la “carne” sirva de catapulta al alma para ganarse la vida eterna.

Por eso, mientras la ciencia continúa confirmando que somos producto del azar y las causalidades, el antropocentrismo y las demás creencias consoladoras y glorificadoras

¹⁵⁵ RIVERA MEJÍA, Orlando. El arte del bueno morir. Revista *Casa Silva*, No. 21, 2007, p. 48.

de la Iglesia —que tanto mal le han hecho al intelecto humano y al progreso social—, se van replegando tartamudeantes a sus aposentos para aferrarse a aquellos vacíos restantes que la ciencia tarde o temprano ocupará. Como ocurrió con las ciencias de la salud: “Durante muchos siglos nadie osó a diseccionar los cuerpos, lo que significó mucho atraso para la medicina, la investigación y curar enfermedades, pues las religiones judeocristianas e islámicas enseñaban que tal práctica era una profanación, un irrespeto a la dignidad humana, pero sobre todo, un sacrilegio contra la más grande creación de Dios: el cuerpo humano. Casi como cuestionar la perfección u obra de Dios. Aún hoy se escuchan objeciones medievales de este mismo corte. Más indignante contra el cuerpo sería no estudiarlo para que le afectaran más males”¹⁵⁶.

162

Pero reconocer que el cuerpo es un organismo complejo no equivale a admitir que es perfecto; considerar esto último cierto puede ser quizá tan ridículo como admitir el dogma del concilio I del Vaticano (la infalibilidad papal) o aceptar que a un Creador infinitamente inteligente le haya podido salir una mamarrachada lo que hizo y causarle remordimiento.

Y dijo Yahveh: “Voy a exterminar de sobre la haz del suelo al hombre que he creado, —desde el hombre hasta los ganados, las sierpes, y hasta las aves del cielo— porque me pesa haberlos hecho”. (Gn 6, 7)

Por tanto, afirmar que el cuerpo es perfecto puede revelar precisamente cuan imperfecto llega a ser un humano si incluso logra asegurar cosas tan contranaturales como esta,

¹⁵⁶ ANDRADE, *op. cit.*, p. 126.

pasando por encima de lo evidente, en caída libre a una especie de imbecilidad cognitiva. Pero habrá necesidad de detenerse en la lucha que ha librado el ser humano contra el envejecimiento y las dolencias; de su imperfección en la aprehensión sensorial del mundo, es decir, de lo limitados en número y capacidad que están los sensores que posee el cuerpo frente a la construcción de la realidad; de todas las ilusiones mentales de las que a diario es objeto; del pésimo manejo que hace de sus emociones; de la declividad o inutilidad funcional de algunas de sus partes como el apéndice, las cordales, las tetillas, el cóccix, el útero que cuelga de la próstata, el repliegue semilunar de la conjuntiva, el vaso deferente femenino, el tercer párpado, el órgano de Jacobson, el tubérculo de Darwin, y los músculos periauricular, palmar, subclavio, plantar, erector pili y piramidal, entre otros atavismos y vestigios de la evolución. Pero cómo pasar por alto las enfermedades, sobre todo las más extrañas y terribles, como el cáncer, el sida, la progeria, la esclerosis lateral amiotrófica, el hermafroditismo, el mal de Ondina, la ceguera al movimiento, el insomnio familiar fatal, la epidermodisplasia verruciforme, la epidermólisis bullosa, la porfiria de Günther, y los síndromes de Riley-Day, de Moebius, de Capgras, de Jerusalén, de Cotard, de Proteus, de Tourette... ¡Ufff! En verdad, ¿cómo se puede llegar a creer que detrás de todas estas incorrecciones y las calamidades terrestres existe un Diseñador inteligente y justo? ¿A qué Creador sabio se le hubiese podido ocurrir hacer la retina al revés y con un “punto ciego”; una laringe baja provocadora de atragantamientos y ronquidos, con un nervio laríngeo recurrente innecesariamente largo que viaja con rodeos; ubicar los senos

paranasales dejando el sistema de drenaje dolorosamente hacia arriba; situar la próstata en un lugar sobrante y apriñador, que conlleva problemas para orinar; mandar inútilmente el conducto deferente por encima de la uretra; provocar un descenso testicular obstaculizado, causante de hernias; un camino ovulatorio con impedimentos, productor de embarazos extrauterinos que atentan contra la vida del embrión y de la mamá... y demás chapucerías?

164

De allí que el cuerpo, aunque sea una maravillosa obra de arquitectura e ingeniería de la evolución, no lo hace perfecto, ni mucho menos glorioso. *Perfectible* sí en un continuo hacerse, pero a todas luces imperfecto si se acuerda en que lo perfecto es aquello que está “acabado y completado, de tal suerte que no le falte nada, pero tampoco le sobra nada para ser lo que es”¹⁵⁷... ¡Que lance entonces la primera piedra quien no quisiera ser más alto, resistente, esbelto, sano o inteligente! Manténgase el significado anterior de perfecto al margen de cualquier preferentísimo sentido metafísico que se le quiera dar, pues en términos religiosos a cualquier cosa se le puede asignar la virtud de estar libre de todo defecto moral, ideológico o físico, como al alma, a la contemplación, a la plenitud, a la santidad, a Dios, al papa, a una cruz, etc., hasta llegar a sostener la idea diametralmente opuesta de que los humanos están “hechos a imagen y semejanza de Dios”, o sea, que sus criaturas *homínidas* son parecidas a Él y, fuera de esto, ¡iguales a un supuesto ser invisible, que no tiene principio ni fin, y que es tomado como la perfección misma! Nada más ilógico. No, más bien, ha sido Dios inventado a imagen inversa de lo que es una persona: infinitamente sabia,

¹⁵⁷ FERRATER MORA, José. *Diccionario filosófico*. 6.ª ed. Madrid: Alianza, 1979, p. 395.

infinitamente buena, infinitamente poderosa, infinitamente extensa... Lo que indica que este increíble y desmedido Dios representa y proyecta todo aquello que se desea y que es humanamente imposible.

No debe entonces haber motivos para escandalizarse cuando se escucha que el cuerpo es semejante a una máquina —bueno, no se parece, es, al igual que el universo mismo—. Pero “máquina” no desde una percepción robótica, autómata o fabril, sino como su definición más básica lo demuestra, como “cualquier conjunto de cosas organizadas como partes de un todo”¹⁵⁸, un todo que terminó siendo más importante que la suma de sus partes; una máquina que de no serlo no posibilitaría la educación; una máquina que de no ser imperfecta —a la luz de la selección natural—, no se habría hecho más fuerte e inteligente; una máquina que constituye una unidad imperfecta de relaciones estructuradas y sistemáticas, de construcciones y desintegraciones, que no requiere de ningún principio divino de organización vital para ser explicado. Por eso, que el cuerpo se erija sobre una base biológica no lo reduce al mecanismo de un frío conjunto de piezas o a una simple realidad anatomofisiológica que depende exclusivamente de los genes, más bien se está frente a una noción más profunda y fascinante que acerca al individuo a su más humilde¹⁵⁹ condición de humano. Por tanto, no se es mecanicista cuando se reconoce que sobre esta multiplicidad de redes surge el extraordinario mundo simbólico, el yo, la misma subjetividad en la que “El conocimiento es un constructo de la evolución biológica, un producto natural

¹⁵⁸ MOLINER, María. *Diccionario de uso español*. Madrid: Gredos, 1998, p. 302.

¹⁵⁹ No “humildad” entendida como lo quiere hacer creer la moral cristiana, como sumisión o temor a Dios, sino como lo indica su etimología, del latín *humus*, “tierra”, es decir, ¡con los pies sobre la tierra!

del animal humano, como la red lo es de la araña”¹⁶⁰. Todas ellas son estructuras que hacen del cuerpo una experiencia vivida, integral, armónica y caótica, un entrecruzamiento entre lo singular y lo social, entre los distintos modos de ser y experimentar el cuerpo. Una materia asombrosa capaz de generar conciencia, inteligencia, mundos históricos, sociales, culturales, políticos y lingüísticos, que no son exteriores al cuerpo primordial, sino prolongaciones que lo conforman, a partir de las cuales expresa, conoce y vive, haciendo de la corporalidad el universo mismo.

Por eso, cuando el cuerpo es narrado por la ciencia, cobra un valor estratosférico singular. Una vez embarcado en esta maravillosa aventura es inevitable sentir mucho aprecio por sí mismo y por los otros mientras se avanza; se despierta un mayor asombro y cuidado por el cerebro, el corazón, el hígado, los riñones, los pulmones, los músculos, las articulaciones, el movimiento, la motricidad, la corporalidad... Es un llamado al cuerpo para que no se convierta en su propia ruina. De tal modo la extraordinaria historia científica ennoblece la historia evolutiva de los humanos cuando descubre ese largo y lento proceso natural de pasos intermedios químicos, eléctricos, termodinámicos, mecánicos, autorreplicantes y reparadores que estos han tenido que pasar, impulsando otros pasos cada vez más complejos y eficaces, para ser lo que hoy son. Se trata de un lento camino de cerca de 3500 millones de años escrito en cada célula, una ruta erizada de múltiples dificultades que ha sido recorrida con traspiés, inventiva y tenacidad desde que éramos bacterias oceánicas del tamaño de una billonésima de gramo y empezamos a

entender de manera rudimentaria y “autoecoorganizada”¹⁶¹ lo que era “La distinción entre el interior y el exterior. (...) la diferencia entre “yo” y “tú” [en la que] el “tú” era más sacrificable que el “yo””¹⁶²; transformándonos posteriormente en organismos más grandes: colonias de microorganismos flagelados, peces, anfibios, reptiles, mamíferos, primates... Un trayecto cósmico que tomó 15 000 millones de años realizar, en el que hace muy poco, dos millones de años, la naturaleza dio a luz al género Homo, hace 200 000 al Homo sapiens, y 11 600 años atrás, a la primera civilización humana. Un cuerpo forjado con materia estelar que, junto a los demás seres vivos, aprendió a utilizar la energía solar, pero que en alguno de estos tortuosos recovecos de la vida intuyó justo y conveniente adorar la fuente de su materia prima; heliolatría a partir de la cual se reprodujeron las demás deidades que han existido sobre el planeta Tierra.

167

Desde luego, asumir una posición escéptica fundamentada en la ciencia exige mucho más estudio y compromiso que *creer*, pero es inmensamente más satisfactoria y, sin duda alguna, es una historia mucho más rica y gratificante que la fábula creacionista de los seis días y el cuento mesopotámico del soplo divino. No importan los vacíos que aún queden por resolver, el alud de hechos que hasta el momento se ha reconstruido científicamente está soportado por cientos de evidencias en los que las hipótesis de Dios y del alma resultan cada vez más inservibles e inadmisibles en la medida que la ciencia progresa; solo funcionan estas desmigajables hipótesis en la mente de los que pueden asentir de buenas

¹⁶¹ MORIN, Edgar. *Introducción al pensamiento complejo*. Buenos Aires: Gedisa, 2001.

¹⁶² SAGAN, Carl y DRUYAN, Ann. *Sombras de antepasados olvidados*. Barcelona: Planeta, 1995, pp. 107 y 102-103.

a primeras sin pruebas, sostenidos por una muleta literaria arcaica y la repetición de una retahíla de argumentos inconsistentes a los que brincan con pasmosa facilidad y desde los que suponen con inocente triunfalismo que su “Dios de los vacíos” les basta para explicar las incógnitas que los científicos aún no han solucionado. Es por eso necesario hacer hincapié en que la racionalidad científica, por exigir cuotas mayores de disciplina intelectual, requiere del docente un compromiso formativo mayor con su labor iluminadora; especialmente para quienes tienen el deber de enseñar los revolucionarios métodos científicos, pues debe señalarse que no son pocos los orientadores que en las aulas (y fuera de ellas) sucumben con fe de carbonero a lo sobrenatural, lo paranormal, lo pseudocientífico.

168

De ahí que la propuesta mundial de fundamentar naciones laicas se haya constituido en un gran avance para el despertar de los pueblos. Por consiguiente, el educador librepensador está llamado a participar activamente de la construcción de una patria verdaderamente pluralista que sepa administrar la diversidad en busca de una sociedad más justa y democrática que fomente el respeto por la libertad de conciencia y el pensamiento científico, y no de una sociedad hegemónicamente teísta que amenace con la exclusión el porvenir profesional de los jóvenes y adultos que piensan distinto.

Por eso no basta con fiarse de una Constitución que declare en el papel a su república como laica, puesto que lo que se observa en la vida nacional de muchos pueblos es un sistema católico de creencias ejerciente de una presión de

primer orden en todos los escenarios habidos y por haber. En Colombia, por ejemplo, para empezar con un contrasentido, la Constitución en su preámbulo invoca la protección de Dios, dándole —como señaló el evangelista Charles Schultz—¹⁶³ existencia a este ser como persona jurídica independientemente de la concepción ontológica que de Él tengan los ciudadanos. Y sí, los jefes de Estado se pasan por la faja el espíritu de esta Carta Magna mostrándose en público —con el rabillo del ojo en las encuestas— como devotos católicos al son de los campanarios apostólicos romanos, indicando con ello que hay ciudadanos de segunda clase; la letra del himno “nacional” se casó de plano con esta religión; de los veinte días feriados, trece son dedicados a patronos católicos desde hace más de cien años, además de los días jueves y viernes santos, los de la Ascensión del Señor, el *Corpus Christi* y el Sagrado Corazón de Jesús; las capillas interconfesionales son escasas; solo los patriarcas de esta Iglesia son reconocidos en el orbe religioso para mediar en el conflicto armado y en asuntos bioéticos, mientras el ejercicio ministerial de los clérigos de las demás confesiones no se reconoce como profesión; la Iglesia católica (en este y los demás países donde opera) no paga impuestos de bienes inmuebles; los obispos y curas no declaran renta, pero sí cobran por sus gastos de representación y la administración de los sacramentos; su Código de Derecho Canónico se impone sobre el Código Civil para salvaguardar los sacerdotes pederastas y pedófilos; y, más allá de la frontera nacional, insólitamente, la Ciudad del Vaticano es la única organización religiosa en el mundo que sigue siendo considerada por la ONU como un “Estado”¹⁶⁴,

¹⁶³ GAMBOA, Richard. *Conflicto religioso en Colombia: Entre el fundamentalismo, el laicismo y la cooperación interreligiosa*. Bogotá: Nova et Vetera, 2011, 20(64): 43-54.

¹⁶⁴ ¿Conoce usted un país donde se prohíba que habiten niños, mujeres, animales

con todas las prebendas jurídicas que esto amerita; y en el plan de estudios de los colegios aparece el área de educación religiosa, pero en la mayoría es puro y llano cristianismo, sin más opciones éticas y antropológicas; y el creacionismo es una quimera infaltable en las escuelas que infecta la mentalidad científica de los niños: “esto es uno de los crímenes más grandes en contra de la humanidad. No puede haber un crimen más grande que contaminar la mente de un niño inocente con ideas que van a convertirse en obstáculos en su descubrimiento de la vida. Cuando quieres descubrir algo, tienes que ser totalmente imparcial. No puedes descubrir la religión siendo musulmán, o cristiano o hindú, no. Esas son maneras de impedirte que descubras la religión”¹⁶⁵. Estas y otras conforman las intervenciones menoscabadoras del crecimiento personal y del progreso nacional.

170

Es impresionante lo mucho que una religión puede afectar la historia de un cuerpo y la de su pueblo cuando sus credos los ha invadido durante tanto tiempo. En Colombia, remitiéndome al caso más próximo, la Iglesia católica fue responsable importante de miles de muertes durante el siglo XIX y la primera mitad del siglo XX. “Entre 1830 y 1902 hubo en el territorio colombiano nueve grandes guerras civiles generales y catorce guerras civiles locales, en las que jugó un papel importante la confrontación ideológica entre las propuestas católicas tradicionalistas y las liberales modernizantes”¹⁶⁶. Violencia que siguió siendo avivada por esta

domésticos y no reciba visitas que se queden a dormir; y donde únicamente se pueda enterrar en sus límites a sus gobernantes; y se excluya sistemáticamente tanto a los individuos nacidos dentro de su territorio como a los hijos de aquellos (menos de cien) que poseen la ciudadanía?

¹⁶⁵ OSHO. *El libro del niño: Una visión revolucionaria de la educación infantil*. Debate, 2009.

¹⁶⁶ ARBOLEDA MORA, Carlos (P). *Guerra y religión en Colombia*. Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana, 2006.

Iglesia hasta finales de los años 50, mediante el proselitismo político incendiario que lanzaba desde los pulpitos para respaldar al Partido Conservador en su lucha por el poder contra los liberales que abogaban por la secularización del Estado, algo que para esta agremiación religiosa representaba una serie de “inconveniencias”, como el surgimiento de una educación laica, la implementación del matrimonio civil y el divorcio... Pero que una interminable hilera de cuerpos se fueran apagando a punta de machetazos, mutilaciones, cañonazos, balazos, descuartizamientos y decapitaciones masivas no fue su problema, lo que le preocupó fue proteger el monopolio que ejercía en el país con Dios como “fuente de toda autoridad”. Y aunque logró que así fuera consagrada la obligatoriedad de la confesionalidad católica en la Constitución de 1886 y en el Concordato entre Colombia y el Vaticano en 1887, convirtiendo a las demás instituciones religiosas en objetivos militares, la cruenta inconformidad político-religiosa continuó sin descanso hasta el período de la Violencia (1946-1958), cuando los dos partidos decidieron firmar un acuerdo de poderes. Este conflicto dejó a su paso una estela cercana a los 300 000 muertos.

171

Pero la crisis de los cuerpos cristianos no paró allí. El fundamentalismo religioso, alimentado por aquella neurosis obsesiva de autoglorificarse como la religión verdadera, sigue siendo el pan de cada día en muchos lugares del planeta. Se trata de una enfermedad mental opresiva que, deslizándose de manera soterrada en los hogares, las empresas, las escuelas y demás círculos sociales, atacando la conciencia siembra a su paso temor y recoge sumisión, hasta terminar convirtiendo a muchísimos de sus huéspedes

en individuos moralmente inválidos y psicológicamente paranoides, apocalípticos, fatalistas, impresionables, supersticiosos, monotemáticos, apegados y programables; y es que “en las personas que experimentan conversiones religiosas, la individualidad es reemplazada por la ideología, dejando poco espacio para el crecimiento o la expresión personal; todo sentido de la responsabilidad personal queda relegado a un credo religioso o Dios, pues el converso cree que su nueva fe determina todas las cosas”¹⁶⁷. Y, para mayor inri, los cultos cristianos protestantes y pentecostales que engendró el cisma luterano continúan propagándose de forma viral con la misma pretensión de fondo que la de su cepa católica: hacer dinero manipulando la psiquis y las emociones de muchas personas incautas con necesidades económicas, sanitarias, comunitarias, laborales, afectivas, sentimentales, existenciales, conductuales, etc., haciendo finalmente de ellos sus “esclavos felices”.

Con este propósito, el pastor tiende una red, un sugestivo espectáculo: prepara su traje de hombre exitoso, los gestos, los desplazamientos por el escenario, una expresión corporal que comunique poder, la modulación de una voz terminante y paternalista, las profecías, las citas bíblicas, los pases mágicos, los milagros, los exorcismos, los testimonios y un conmovedor relato autobiográfico de superación. Mientras tanto el personal asistente toma sus puestos, se dispone a ser cálido, organiza el escenario, los símbolos publicitarios, prueban el micrófono, el sonido, la orquesta electrónica, la sincronización de una música envolvente, las luces, el coro, el “karaoke” para seguir los himnos,

¹⁶⁷ ALPER, *op. cit.*, p. 178.

los videos, las imágenes y demás tretas. La función empieza, inicia el juego psicológico, el pastorcillo mentiroso lanza su maquiavélica ataraya, da la bienvenida con tono santurrón, va subiendo los decibelios, descarga su palabrería a toda mecha cual avezado narrador de fútbol en plena final, blande la Biblia, cuenta su pecaminoso pasado —se apacigua—, Dios le habló, ha sido elegido, iluminado, vence al demonio —despepita de nuevo la voz—, ¡es un héroe, un mesías, se autodivinizal, y sabe lo que Dios piensa y lo que quiere. La enajenante niebla sube, la voluntad de los asistentes ya no se distingue y la ingenuidad no parece tener límites. El número se repite una y otra vez; la multitud atrae más curiosos y muchos cuerpos, de diversas condiciones sociales y edades, caen atrapados en la red: maravillados, aplauden, elevan las manos, inclinan la cabeza, cierran los ojos, se concentran, suplican, desahogan sus penas, repiten sin cesar himnos, plegarias y alabanzas —el éxtasis colectivo sube como espuma—, entran en trance, saltan, lloran, gritan jubilosos, se arrodillan, hablan en “lenguas extrañas”¹⁶⁸, son tocados, se desploman, se retuercen, unos se desmayan —entre más dramático se mire, mejor. Hay que cuidar una reputación—, otros son “sanados”, interrumpen sus tratamientos médicos, ¡el Espíritu Santo se ha derramado sobre todos! ¡Satanás ha sido expulsado! ¡Gloria a Dios! Se sienten liberados, satisfechos, obedecen al “Señor”, son sus siervos, depositan sobres de dinero con destino incierto, deben poner a

173

¹⁶⁸ Glosolalia: (del griego *glossa*, “lengua” y *lalein*, “hablar”). Trastorno del lenguaje observado en ciertos alienados (delirantes, paranoides megalomaniacos) que creen inventar un lenguaje nuevo; puede verse en estados psicóticos, en éxtasis religiosos y en algunos trances hipnóticos o espiritualistas. Disponible en los diccionarios médicos: http://www.portalesmedicos.com/diccionario_medico/index.php/Glosolalia y <http://dicciomed.usal.es/palabra/glosolalia>. [Consultado el 5 de septiembre de 2016].

prueba su fe, les dicen; entregan parte de sus pertenencias... Son salvados.

En Colombia —y en muchos más lugares del mundo— estos negocios mercantilistas se multiplican como cucarachas (Misión Carismática Internacional o G12, Iglesia de los Santos de los Últimos Días, Avivamiento Centro para las Naciones, Oración Fuerte al Espíritu Santo, Centro Misionero Bethesda, Casa sobre la Roca, Jesucristo Internacional, Cruzada Cristiana, Pare de Sufrir, Gracia Universal, Familia Unida, Comunidad Cristiana del Espíritu Santo, Cruzada Estudiantil y Profesional de Colombia, Iglesia Pentecostal Unida, Iglesia Adventista del Séptimo Día, Misión Cristiana Senderos de la Paz, Centro de Ayuda Espiritual, Iglesia Universal del Reino de Dios, Confraternidad Cristiana, Salones del Reino, Asambleas de Dios, Iglesia Cuadrangular, Tabernáculo de la Trompeta de Dios...) ¹⁶⁹.

174

Un sinfín de expendios de fe que iniciaron en garajes, luego se volvieron templos, después megaiglesias, y muchas ya son ahora organizaciones empresariales transnacionales con fines lucrativos y políticos más ambiciosos, que cuentan en su haber con gigantescas maquinarias mercadotécnicas especializadas en fabricar imaginarios conductistas: cadenas televisivas y radiales, telepredicadores, televentas —“¡llame ahora mismo y le resolvemos su problema!”—, venta de chucherías “bendecidas” (jabones, aceites, rosas, sal, tierra, agua, oraciones, panes, paños —toda clase de embaucamientos sin restricciones legales— ¹⁷⁰, piedras de la tumba de

¹⁶⁹ PABÓN V., Gabriel. *En el nombre del Señor. El negocio de la religión*. Bogotá: Debate, 2011.

¹⁷⁰ No obstante, muchos pastores han sido procesados por diversos delitos (asesinato,

Jesucristo, sales del mar Muerto, trozos del manto de Jesús traídos de Jerusalén, arena de la playa del mar de Galilea, pañuelos ungidos de Tierra Santa, aceite bendito del huerto de Getsemaní donde oraba Jesús...), retiros espirituales, ministerios electrónicos, proselitismo extremo dondequiera (cárceles, parques, hospitales, velorios, puerta a puerta, etc.), colegios, periódicos, revistas, libros, conferencias, vallas, buses, sedes, hangares, coliseos, cines, conciertos (con cantantes profesionales), partidos políticos, candidaturas a la presidencia, curules en el Congreso, autos lujosos, mansiones, propiedades en el exterior... Todo ello con base en diezmos, matrículas, ofrendas y chantajes morales.

De este modo, muchas cabezas de hogar, aún con mentalidad medieval, prohíben el cuestionamiento o la duda en sus casas e imponen su religión agrediendo física, emocional o verbalmente al integrante que tenga una fe o razón diferentes, bien sea satanizándolo o señalándolo de descaminado, inmoral o traidor de la religión oficial de la familia, hasta la expulsión, de ser preciso. Y, por si fuera poco, esta cultura de la intolerancia también es reforzada en muchas escuelas: estudiantes que difieren en sus hogares son matriculados para ser adoctrinados en la religión que sus padres quieren; obligados por el colegio a participar o a estar presentes en ceremonias litúrgicas, ya que de otro modo son amonestados por “indisciplinados”; en las aulas aún pululan

175

fraude, evasiones fiscales, lavado de dinero, etc.), por ejemplo: Vladimir Melo Carrillo, Diógenes Mestra Barrios, José Francey Díaz, Edgar Núñez Guzmán, Luis Mario Colorado, Carlos Alberto Aguirre Hoyos, Renzo Herrera Orozco, Jesús Díaz López, Andrés Adolfo Villamizar Gómez, Alexander Alzate Pulgarín, Onalvis Pinto, Tito José Lugo Bedón (en Colombia), Julio César Pérez, Bryan Ismael Rodríguez (EE.UU.), Edir Macedo Bezerra (Brasil), Edgar López (El Salvador), Franklin Geovanny Cabrera (Honduras), Sanil K. James (India), David Yonggi Cho (Corea), Saced Abedini (Irán), Ake Green (Suecia), entre muchos otros más.

los profesores tradicionalistas que evangelizan, descalifican o abusan de su libertad de cátedra sin importarles los principios de la diversidad de culto, la democracia y el pluralismo... Entonces, ¿cómo esperar que un país aprenda a convivir en paz si aún persisten los hogares engolillados y los currículos petrificados que inculcan desde muy temprano a sus ciudadanos el excluir, el imponer, el someter, el no respetar la diferencia, el no pensar?

176

Por estas razones, muchos humanos están hoy presenciando con preocupación —otros viviendo en carne propia— lo que pueden hacer las “religiones políticas” (un pleonazgo) con las mentes de millones de personas que fueron adoctrinadas desde pequeñas para creer y defender las ideas de pecado, martirio, Paraíso, así como la fe en un Único Dios Verdadero y en sus libros sagrados. Enseñanzas, muchísimas de ellas desavisadas y enredadoras con apariencia de justas e inofensivas —protegidas por el mito de la “libertad de credo”¹⁷¹ y aquel sistema saltimbanqui de esquivar del examen ecuaníme y detenido los versículos denostables e inocentones— que se cocinan lenta y eficazmente en las cabezas colonizadas; instrucciones que tienen el potencial de hacer que estas racionalidades acrílicas puedan tomar rumbos mucho más disparatados e intolerantes hasta hacerlas desembocar en embestidas ideológicas tan obtusas e intransigentes que pueden llegar a escalar a conflictos armados internacionales que pongan en riesgo la integridad de la humanidad.

¹⁷¹ “(...) ahora mismo, en toda nuestra cultura, es tabú criticar la fe de una persona. Liberales y conservadores tienen un raro consenso religioso al respecto: las creencias quedan al margen de cualquier discurso racional. Se considera de mala educación criticar la idea que tenga alguien sobre Dios y la otra vida, pudiéndose criticar sus ideas sobre física o historia”. Cfr. HARRIS, Sam. *El fin de la fe*. Madrid: Paradigma, 2007, p.13.

COLOFÓN

A sí bien, una vez adelantado este sucinto desmantelamiento doctrinal a uno de los engranajes de esta maléfica maquinaria religiosa de dominación, se ha constatado que las creencias sí lastiman y corroen, y que todas estas situaciones e ideas retrógradas han permeado y modelado la corporalidad de los creyentes de manera significativa y determinante en su cultura, educación, ética, esquema corporal, interacción social y percepción de la vida y la muerte. Esto conlleva a maneras de sentir, pensar y actuar diferentes a las de un cuerpo teísticamente virgen o desacralizado.

Es por eso que desembarazarse de estas creencias, de esta influyente carga de tradiciones semíticas que durante siglos y desde la cuna han venido bloqueando la capacidad de decidir de muchas personas, se constituye ya en un paso decisivo para que el increyente sea más feliz. Por tal razón, debe advertirse que si efectivamente la educación impacta de lleno en la transformación del cuerpo en todas sus dimensiones —por ser el conocimiento mismo una experiencia para este— y si como señaló Sartre “todo proyecto de vida por más individual que sea tiene un valor universal”¹⁷², entonces es crucial tomar en cuenta las repercusiones que ha tenido este prontuario histórico de agravios contra el cuerpo, su libertad y sus derechos, para velar por la salud racional de

¹⁷² SARTRE, Jean Paul. *El existencialismo es un humanismo*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía de San Dámaso, 1973, p. 10. Trad. Victoria Prati de Fernández [Conferencia dada por Sartre en París el 29 de octubre de 1945 en el club Maintenan]. Disponible en https://www.ucm.es/data/cont/docs/241-2015-06-16-Sartre%20%20El_existencialismo_es_un_humanismo.pdf. [Consultado el 23 de diciembre de 2016].

los sistemas (especialmente el educacional) y la paz mundial, de tal forma que este pueda ser liberado del pensamiento acrítico y recalcitrante que estos pulpos monoteístas han querido atornillar en la mente de las personas desde el año de la nana para beneficio propio. Esta es la verdadera angustia del existencialismo, el hecho de que los humanos sean en gran medida y a fin de cuentas lo que hacen de sí mismos, es decir, los responsables principales de cada uno de sus destinos y del resto del planeta, pues hoy más que nunca la humanidad es más interdependiente y tiene mayor capacidad para autodestruirse.

Finalmente, ¿adónde nos pueden conducir estas dos culturas, la de siglos de odio al cuerpo y culto a la muerte, y la que emerge en favor de la vida? Probablemente —y sin desconocer los diversos matices que ofrece la realidad— a tomar la elección entre: creer o pensar. Aceptar sin reparos o adoptar el hábito de la duda. Una mentalidad religiosa o una mentalidad científica. Un cuerpo irreflexivo o un cuerpo pensante. La penitencia o el autocuidado. El dualismo o la unicidad múltiple. El alma o el cuerpo como “única” verdad. La trascendentalidad o la humildad. Un cuerpo glorioso o un cuerpo gozoso de cosas tan “elementales” como caminar, reflexionar, respirar, evacuar, mirar, oler, pestañear, rascarse, sonreír, besar, compartir... Temerle a la muerte o comprenderla. Un pensamiento borreguil o un pensamiento crítico, auténtico e independiente. Un manual de instrucciones para vivir o ser el autor principal de la propia biografía. Adoctrinar a su hijo o enseñarle a pensar por sí mismo. Creer en la vida eterna o asumir que esta es pasajera, frágil e irrepetible. Pertenecer a una religión o a la patria Tierra. Parecer o ser. Reprimirse

o celebrar la oportunidad de existir. Ver la felicidad como un destino o como un trayecto que construir. Santificarse o humanizarse. Aguardar a que ocurra un milagro o actuar ya, sin claudicar. El bálsamo del autoengaño o la realidad por dura que parezca. Obrar esperando algo a cambio o solidarizarse sinceramente. Ser el centro del universo o formar parte de él. Esperar a estar mejor en la tierra prometida o ahora mismo que la vida está sucediendo. Vivir sabiendo que Alguien lleva un registro de sus faltas o recobrar el control de su vida disfrutando responsable y disciplinadamente de uno de los dones más limitados y valiosos: *la libertad*¹⁷³.

¹⁷³ Cfr. DE LEÓN, Héctor. *De excursión por la geografía de la libertad*. Villavicencio: Unillanos, 2018.

